



www.loqueleo.es

© 2023, Sofía Rhei

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-509-6

Depósito legal: M-5899-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**SOFÍA
RHEI**



El
ROSTRO
que te Di

loqueleg

Para Manuel

Si esta ciudad recibiera *royalties* cada vez que, en una serie o en un videojuego, se mostrara a alguien saltando de sus hermosos tejados o escalando sus paredes, seríamos todos ricos. Menuda afición tiene la gente a poner enmascarados trepando por los *palazzi* o aterrizando de un salto en el Ponte Vecchio...

Pero ¿queréis saber la verdad sobre escaparse de una casa, de noche, en la parte antigua de Venecia? Esa realidad es de todo menos romántica. No te puedes fiar de las paredes, y de las tejas ni te cuento. Hace falta una tremenda cantidad de práctica para escabullirse de mi balcón, y más aún si la noche es tan húmeda y neblinosa como esta.

Esta misma tarde, uno de mis confidentes me ha preguntado: «¿Por qué te escapas tanto, Bianca? ¿Es que no tienes suficiente con el maravilloso mundo que tienes en casa, con sus fantasías y posibilidades infinitas? ¿Es que no te bastamos?».

No supe cómo explicarle que, efectivamente, por muy feliz que me haga todo lo que encierran las prestigiosas

paredes de nuestro pequeño *palazzo*, por muy privilegiada que me sepa, hasta el punto de dar las gracias cada día por las oportunidades que tengo, no es suficiente. Y solo de pensar en el motivo por el cual quiero escaparme esta noche, el corazón se me pone a aletear como un abejorro de los grandes.

8 Me preparo para dar el salto hasta el balcón del edificio de enfrente. Es la parte más difícil de toda la escapada. Si hago demasiado ruido y despierto a la *signora* Dal Monte, esta se pondrá a dar unos chillidos de soprano que avivarán hasta a los peces de los canales. Llevo un calzado perfecto, unos pies de gato que yo misma he diseñado y cosido. Pero la mala suerte existe.

Lleno de aire los pulmones y me lanzo al vacío. A pesar de las veces que he dado este salto, cada nuevo impulso me hace temblar como el primer día. No me queda más remedio que llegar a la conclusión de que me gusta demasiado el riesgo, o al menos el tipo de riesgo para el que me doy permiso.

Desde el balcón me descuelgo hasta el suelo sin mayor dificultad. La memoria de mis músculos conoce cada agarre, sabe medir cada distancia. Paso del balcón a un tejadillo, de este a una cornisa, y desde allí a otro balcón, uno que pertenece a nuestro propio edificio. Pero en esa habitación no duerme nadie. Mi rutina de huida está perfectamente desarrollada tras decenas y decenas de escapadas.

Si no estuviera tratando de evitar a toda costa que nadie me vea, si fuera libre y tuviera tiempo, iría hasta el Cabucchio en góndola. Pocas cosas me gustan tanto

como arrebuajarme en mi capa y amoldarme a la forma redondeada de las elegantes barcas negras sin las cuales Venecia no sería lo mismo. Pero, como voy con prisa, a escondidas, y hace frío, tomo una bálzula en el apeadero de la Chiesa della Pietà.

Al subir al vehículo autónomo, marco en el teclado el lugar al que quiero ir, le doy acceso a mi crédito y la esfera se pone en marcha rumbo a la isla artificial. Es un viaje caro pero rápido y cómodo. Estoy a salvo de la llovizna, algo que me relaja porque por nada del mundo me gustaría que el objeto que llevo en la mochila pudiera dañarse. He pasado tanto tiempo fabricándolo, he puesto tanto de mí en esa tarea que estoy segura de que, cuando su destinatario lo vea, comprenderá. Todas las piezas encajarán en su mente. Y ese momento, su mirada, sus reacciones, será un instante que atesoraré para siempre.

Mi transporte, en un sereno silencio, emprende el rumbo a las islas exteriores, surcando las tranquilas aguas de la laguna de Venecia. Me giro para contemplar la isla principal en todo su esplendor. En muchas de esas islas hay gente que ya está descansando, en la seguridad de sus casas, exactamente como debería estar haciendo yo. Pero en el lugar al que me dirijo no existe el descanso. Tan solo espero no encontrarme allí con mi amiga Roxana, no se tomaría bien que yo saliera sin ella. Me reprocha lo poco que me ve fuera de casa. Pero lo que tengo que hacer hoy debo hacerlo sola.

Otra ventaja de la bálzula es que puedo ver el paisaje con mayor perspectiva, desde un punto más elevado que

lo que me permitiría una góndola. La belleza de la luna reflejándose en las aguas, la paz de las majestuosas islas antiguas. Dejo a mi izquierda Santa Maria della Grazia, San Clemente, la lujosa Sacca Sessola y, detrás de ella, la pequeña y misteriosa isla de San Spirito, que, según algunos, está encantada.

10 Miro, por fin, al frente. Alejada de todas las demás, destellando como una gema electrónica y multicolor, está la isla del Cabucchio. Construida alrededor de un antiguo islote en ruinas, Sant'Angelo della Polvere. Desde que Japón compró nuestra provincia, es una entidad mutante que no deja de crecer, aumentando casi cada día para albergar los espectáculos más salvajes y experimentales. Es el sitio al que va la gente con inquietudes artísticas a descubrir lo que hay de nuevo.

Un cosquilleo de impaciencia me recorre el cuerpo al pisar, por fin, este territorio sintético, cuyos cimientos reciclados no son otra cosa que basura. Pero, sobre esta, ¡qué deslumbrante espectáculo ofrece cada esquina! Aquí, un comefuegos que lanza llamaradas verdes mientras baila una polesana. Más adelante, una mujer interpreta una compleja melodía con un conjunto de copas a medio llenar de vino. Allí, al final de la calle, dos personas dialogan con una incómoda y fascinante danza Butoh. Todos ellos tienen una cohorte de espectadores respetuosos.

Pero ninguna función es más esperada que aquella hacia la cual me dirijo. En nuestra comunidad multicultural, en este pequeño babel en el que cualquier idioma o

mezcla de ellos es posible, se ha producido un nuevo auge del teatro mudo.

En la taquilla esgrimo, orgullosa, la entrada VIP que tanto me ha costado conseguir. Los recepcionistas comprueban su autenticidad y me dejan pasar hasta la platea delantera ante los murmullos de envidia de otros asistentes. Sí, me he gastado bastante dinero en esta entrada, y eso que ya he visto varias veces esta obra, pero es que la ocasión lo merecía. No todos los días una artesana sumida en el anonimato tiene la ocasión de revelar su verdadera identidad al actor que lleva una máscara hecha por ella.

11

Cerca de mí, en el patio de butacas, veo al típico grupo de aristócratas, solo chicos. Por algún motivo que no comprendo, este tipo de obras son más del agrado de los varones que de las mujeres. Muchos llevan accesorios faciales para disimular su identidad..., como si sus títulos nobiliarios le importaran a alguien. Aquí lo primordial es el arte, no el estatus social.

Los minutos se me hacen eternos hasta que él sale a escena, y los murmullos de la sala se acallan instantáneamente. Kiba tiene una presencia tan intensa que impone respeto. Lleva la máscara que le hice, y que le ha dado el éxito definitivo. Solo que él todavía no sabe que la hice yo.

Comienza la obra. Kiba interpreta a un vampiro que, harto de la vida, decide poner fin a sus días de inmortalidad, todo para descubrir que en realidad sigue teniendo una consciencia como fantasma. Es un momento entre

la tragedia y la esperanza. La expresividad del actor en esta primera parte de la pieza, sus gestos exquisitos, la elegante y seductora melancolía de cada movimiento silencioso de sus manos...

12 La secuencia es una obra maestra de la expresividad. Aún no comprendo cómo consigue transmitir, sin una sola palabra, toda la información de la trama: el vampiro fantasma no puede alejarse de su mausoleo del cementerio, y allí recibe la visita de un joven hermosísimo del que no puede evitar enamorarse como hacía siglos que no le sucedía. Pero después descubre que el muchacho es el hijo de su gran enemigo, un vampiro rival que, precisamente siglos atrás, había sido su primer amor.

La luna, como entidad de sabiduría, tiene un rol importante en la acción y es interpretada por una bailarina que parece hecha de aire. Me giro discretamente para ver las lágrimas que la escena final ha provocado en muchos de los asistentes y sonrío de satisfacción por la pequeña parte de responsabilidad que he tenido en esas emociones.

Fue todo un reto crear la máscara del vampiro fantasma. Por una parte, debía parecerse al intérprete, ya que el empresario deseaba explotar la belleza de su estrella. Por otra, la máscara debía ser melancólica, filosófica y expresar todo el hastío de vivir de un ser casi inmortal, pero al mismo tiempo, la apertura a nuevas sensaciones, la resistencia a dejarse ir definitivamente. Esa sensibilidad que hace que la belleza duela, pero sea imprescindible. Lo conseguí con una sutil asimetría en el pliegue de las cejas, del que Kiba saca un partido extraordinario, girán-

dose hacia un lado o hacia otro para convocar emociones muy diferentes entre sí.

Esta noche, después de la función, lo buscaré y le llevaré la nueva máscara que he hecho para él. Es el mismo personaje, pero antes de ser un fantasma, e incluso antes de ser un vampiro: una máscara que retrata a un humano en la plenitud de su juventud y belleza, exactamente como ahora mismo es Kiba.

Enrico Saito es su verdadero nombre. Descendiente de una larga estirpe de actores japoneses y de comediantes italianos, parece representar la mismísima esencia de la nueva Venecia. Delgado, sensible, silencioso... No creo que haya muchas personas en toda la ciudad que desaten tantos suspiros a su paso.

Cuando nos conocimos, me miró a los ojos y sentimos una conexión instantánea. Para él yo no era sino la hija del *mascheraio* y, sin embargo, posó la mirada en mí largo rato, como si realmente me viera. Como si hubiera comprendido que no era mi padre el que haría la máscara que le estaba encargando y que esa sería mi tarea.

Dentro de unos instantes, por fin, sabrá la verdad. Y estoy segura de que comprenderá que la belleza de la máscara que lleva, y de la que hoy le entregaré, tiene detrás algo más que técnica y dedicación. Algo así no puede realizarse sin, al menos, un poco de amor.

Mi entrada de primera me da derecho a pasar a los camerinos y esperar a los intérpretes en una salita, y eso hago. Una decena de personas estamos allí, seguramente

casi todas por Kiba. Sé que no tendré más que unos segundos para saludarlo, de manera que saco la máscara de su funda y la llevo en la mano, nerviosa, a la espera de poder entregársela.

Pero, al cabo de un cuarto de hora, algo me dice que las cosas no son lo que deberían ser. Conozco bien los entresijos del teatro, no en vano llevo años escapándome para ver estas obras. Si los actores tardan tanto en salir, es que algo ha pasado.

14 Me escabullo discretamente, como si fuera al aseo, y creo que nadie se da cuenta de mi ausencia. Sigo llevando la máscara, por si me lo encuentro. Ser una muchacha completamente normal en todos los aspectos visibles a veces es una ventaja. «Bianca», me pusieron de nombre, y me temo que muchas veces a los demás les parezco exactamente eso: una hoja en blanco, aburrida y vacía.

Me detengo en la entrada de los camerinos y escucho. Tras la puerta hay cierto bullicio, pero no oigo en él la voz de Kiba. Por un momento me asalta el pánico: ¿y si se ha ido sin saludar a sus seguidores? No sería la primera vez.

Impulsivamente, salgo al callejón. Si ha salido, quizá pueda encontrarle, y, si no, siempre estoy a tiempo de volver por donde he venido. La estrecha y maloliente calle no podría ofrecer un contraste más poderoso con la sutil belleza del mundo fantasmal en el que he estado sumida las últimas horas.

Recorro las callejuelas de los alrededores, perdiendo la esperanza en cada paso, hasta que, por fin, veo ondear una capa de gasa blanca unos metros más allá. ¡Kiba ha

escapado sin cambiarse siquiera de ropa! Aún lleva su capa neblinosa de fantasma, que se queda flotando en el aire unos segundos antes de caer.

Camino hacia él, con el corazón latiendo desbocado, sosteniendo frente a mi corazón la máscara en la que se condensan todas mis esperanzas. Por fin va a suceder lo que llevo tantos meses esperando. Por fin Kiba, Enrico, comprenderá que estamos unidos por algo más que nuestra sensibilidad artística. Desde la primera vez que lo vi supe que nuestros destinos estarían conectados.

15

Pero me detengo en seco: no está solo. Lleva a alguien de la mano. Caminan en silencio, a escondidas. No quieren ser descubiertos.

Un cartel de neón de un rosa violento parpadea, iluminando la escena. Parecería que formase parte de la obra si no fuera porque en lugar de la máscara Enrico luce su verdadero rostro: Kiba acaricia el semblante de su pareja, lo mira como si no hubiera nada más en el mundo, sostiene su barbilla como si fuera la copa más delicada, llena del néctar más sublime y sagrado, y se lleva su boca a los labios.

Ese rostro perfecto pertenece al rubio Andrea, el otro protagonista de la obra. La imagen es deslumbrante. La belleza de los dos actores, enamorados y enemigos en la ficción, pero amantes en la vida real. Sus perfiles pálidos, casi irreales, encajando como una escultura viviente, sus rizos perfectos cayendo como lágrimas. La ternura de ese encuentro secreto, la luz de sus pieles contrastando con la oscuridad del callejón. El calor de su beso, que va

creciendo en pasión hasta que siento que mi tristeza y decepción se convierten en algo diferente.

Supongo que otra persona lo habría grabado y se habría enriquecido con semejante exclusiva, pero yo no me veo capaz de traicionar así a quien, hasta hace tan solo unos minutos, creía que era el elegido de mi corazón. Debería irme, dejarlos tranquilos, pero hay algo en esa imagen que me fascina hasta tal punto... Es como si todo aquello formara parte de la ficción y tuviera el mismo poder alucinatorio que esta.

16

¡Entonces Andrea gira la cabeza en mi dirección! Con reflejos de ave de presa, me doy la vuelta para evitar que me reconozca. Echo a correr como alma que lleva el diablo. La realidad me sacude, me siento diminuta y patética, con esas esperanzas descabelladas que me había dado permiso para albergar, y aprieto la máscara contra mi corazón como si con eso pudiera calmar sus latidos.

Tengo los ojos llenos de lágrimas y mis piernas solo quieren correr hasta alejarme de allí, hasta refugiarme en un terreno seguro.

Lo que no consigo llevarme, ya que se han quedado esparcidos en el pavimento, desperdigados y maltrechos por el sucio y oscuro suelo, son los restos de mi corazón hecho pedazos.

—*Signorina Bianca!* ¡É tardi!

Me despierto con los ojos pegajosos, irritados. ¿Cuántas horas pude pasar llorando anoche? No me hace falta mirarme al espejo para saber que estoy hecha un cuadro de terror. Mis párpados deben de ser dos bolsas rojas, como las de la máscara del triste. He hecho muchas, pero ahora las realizaré con mayor conocimiento de causa.

Me levanto, aturdida, y corro a abrir la puerta, que anoche cerré desde dentro antes de escaparme. Lucinda entra como un torbellino, llevando todo lo necesario para arreglarme. Pero, a pesar de esos preparativos, cuando me ve la cara se horroriza. No se esperaba algo tan grave.

—*Signorina!* ¿Qué le ha pasado? —me pregunta, afectuosa—. Pensaba que habría bebido algo, pero no creía que...

Yo no sé cómo decirle que a veces las lágrimas son más fuertes, y más adictivas, que cualquier alcohol. Que anoche no era capaz de dejar de llorar, que me estaba aferrando a mi propia tristeza líquida como quien busca soluciones en el fondo de una botella.

Lucinda me zarandea para quitarme el camisón a toda prisa mientras da una voz para llamar a Livia.

—*Signorina*, no le decimos nada al *padrone* de sus escapadas a cambio de que usted cumpla con sus obligaciones y no le enfade...

Hago lo posible por espabilarme. Lucinda sabe perfectamente que a veces me ausento y me cubre siempre, de manera que nunca he sido descubierta. Pero no sería justo que tuviera que pagar las consecuencias. Cuando mi padre entra en cólera es insoportable.

18

—Pero ¿por qué tanta prisa? —acierto a decir.

—Es el príncipe, *signorina*, el hijo de la *principessa* Di Stroparli. ¡Acaba de anunciar una visita por sorpresa!

Eso no tiene sentido, el príncipe Ermellino suele confiar en Lorenzale, como muchos de los aristócratas. Es uno de los clientes más prestigiosos que puede tener un artesano de máscaras, uno de esos que podría conseguir que la mitad de los demás aristócratas quisieran hacer los encargos aquí y no a la competencia.

Lucinda me viste como si fuera una muñeca. Y yo, aún en duermevela, cada vez que cierro los ojos regreso al oscuro callejón, al reflejo del neón rosa en su rostro, a ese beso compartido, secreto, tan íntimo.

Estaba tan segura... En mi cabeza, todo encajaba a la perfección, y mi corazón anhelaba que Kiba sintiera lo mismo. La conexión que sentí entre los dos ese primer día parecía tan sólida, tan fuerte que me duele suponer siquiera que no existía más que en mi imaginación. ¿Cómo pude ser tan naif? Aunque Enrico hubiera

adivinado que sería yo quien iba a hacer su máscara y no el conocido *mascheraio* Baldacci, aunque reconociera en mí a la artista capaz de crear tal maravilla, aunque comprendiera la verdad, ¿qué me hizo pensar que esto le llevaría a enamorarse de mí?

El chico con quien le vi besarse, Andrea Gentileschi, el coprotagonista de su obra, es el hijo secreto de un duque que se divierte haciendo de actor. Tiene muy buena técnica, pero no es capaz de transmitir las emociones de la misma manera que el sensible y profundo Enrico. A pesar de ello, ¿quién soy yo para competir con un guapísimo y triunfador aristócrata?

19

No importa las vueltas que le dé, la realidad no va a cambiar para adaptarse a mis deseos. Sacudo la cabeza y me decido a cooperar con Lucinda para conseguir meterme en el vestido. A los nobles les encanta que las casas de los artesanos elegantes parezcan haberse detenido en el siglo XVIII, en todos los detalles.

Es la primera vez que el príncipe Di Stroparli viene a hacer un encargo a la casa Baldacci, y mi padre debe de estar especialmente tenso ante la responsabilidad de un cliente tan importante. Su madre, la *principessa* Di Stroparli Contarini del Zaffo, es una de las cinco personas más poderosas de toda la ciudad y, como todos los poderosos, es conocida por no dar absolutamente ninguna puntada sin hilo. Si queda contenta con la máscara que realizaremos para su hijo, quizá ella misma acceda a convertirse en clienta, lo que traería una extraordinaria publicidad a nuestro negocio.

Como suele suceder con los nobles, el príncipe no me verá. Él debe creer en todo momento que es mi padre, y solo mi padre, quien va a realizar en persona su exquisito antifaz. Pero yo, que soy la que en realidad haré la máscara, debo estar presente cuando él formule sus deseos y explique exactamente lo que quiere, leer sus gestos, comprender las emociones que pretende que la máscara despierte.

20

Me pongo la máscara *moretta*, perfecta para disimular mis rasgos y camuflarme en la oscuridad de mi escondite. El despacho de mi padre, entre sus expositores y recovecos, tiene una rejilla de madera en la esquina de la derecha en la que nadie repara. A sus ojos, se trata de la cobertura decorativa de un radiador o del aire acondicionado. Pero en realidad es el hueco en el que yo me escondo desde que fue necesario que sustituyera a mi padre.

Este escondrijo es incómodo, apenas tiene sitio para una silla, y tengo que utilizar un cuaderno de dibujo pequeño porque uno grande no cabría. Entro por una puertecilla que da al pasillo de servicio y me siento a esperar la llegada del príncipe Ermellino di Stroparli.

Afortunadamente, no tengo que esperar demasiado. El príncipe llega precedido por dos lacayos vestidos de terciopelo gris, discreta pero perceptiblemente armados, y un valet que tiene pinta de ser su ayuda de cámara o su hombre de confianza. Se producen las tediosas fórmulas de cortesía, la parte más aburrida de todo esto.

Mientras tanto, los guardaespaldas examinan la habitación, como suele suceder. Lejos de estresarme, cierro

los ojos y concentro todas mis energías en no ser nada, en desaparecer, en no emitir la menor vibración de energía vital. Y, como es normal, da resultado y no me perciben. Se me da estupendamente bien no ser nadie.

El príncipe es delgado. Todas las personas de su familia han presentado esa complexión ligera y fibrosa, casi más característica de duendes que de humanos. Su sirviente tiene una complexión muy semejante, pero resulta, bueno, más guapo, al menos para mi gusto, a pesar de que el príncipe es indudablemente hermoso, con su rostro delicado y sereno y sus intensos ojos azules.

21

El ayudante, al que presentan como Carlino, lleva el cabello largo a la manera de los cuadros del *Quattrocento*; de hecho, concretamente, parecería que quisiera imitar el *look* del *Joven sosteniendo un medallón* de Botticelli. Solo que su mirada no es hierática, sino observadora e incluso, sí, atrevida. Este príncipe, del que sé muy poco, me cae bien instantáneamente: lo normal para alguien como él habría sido buscarse un valet más bajito y más delgado que él mismo, para parecer apuesto y masculino por comparación.

Otro detalle que me gusta del príncipe: se despide de sus guardaespaldas con un apretón de manos, agradeciéndoles que le hayan acompañado hasta allí. Me relaciono mucho con ellos, pero nunca había visto a un aristócrata con una mirada tan sincera y un trato tan cálido hacia sus sirvientes. Los lacayos armados salen de la habitación y dejan al príncipe y a su ayudante a solas con mi padre.

—*Signor Baldacci* —dice el príncipe—, mi madre tiene pensado ofrecer tres bailes muy particulares. Se registrarán por unas reglas especialmente estrictas: todos iremos enmascarados y nadie debe saber qué persona se esconde detrás de cada máscara, como sucedía en el pasado. Para ello, mi madre desea que las máscaras no vayan firmadas por los artesanos.

22 No me hace falta ver a mi padre, que está de espaldas a mí, para darme cuenta de que la idea de la *principessa* le parece malísima. Los artesanos viven del renombre, del boca a boca. ¿De qué sirve hacer las máscaras más espectaculares si nadie sabe que han salido de tu taller?

Parece que mi padre no ha conseguido dominar sus expresiones faciales, ya que el príncipe se apresura a aclarar que una vez concluidos estos bailes se publicarán en redes los *photocalls* correspondientes, con todos los vestidos y las máscaras debidamente acreditados como es costumbre.

Mi padre asiente, visiblemente aliviado, y el príncipe prosigue:

—Mi madre está especialmente preocupada por el secretismo, ya que tiene unas intenciones muy ambiciosas. Estas requieren que tan solo yo pueda ser reconocido por los demás, y para ello se deberán incluir en mis máscaras los emblemas de nuestra casa real. Es cierto que vamos un poco justos de tiempo, pero me gustaría encargarle que realice usted dos máscaras para que yo las lleve en dichos bailes. Deseo de todo corazón que pueda aceptar el encargo.

Oigo el sonido de las monedas de oro cayendo sobre la mesa de mi padre. A pesar de nuestro prestigio y antigüedad, las cosas no van tan bien económicamente como podría parecer desde fuera. Los príncipes suelen distinguirse por remunerar sus caprichos de manera particularmente generosa, y no ya una, sino dos máscaras, a ese precio, nos dan un importante respiro. Por no hablar de toda la publicidad que se generará en el exclusivo *photocall*.

El príncipe y su sirviente se han puesto de pie uno al lado del otro y observo que son exactamente de la misma altura. También deben de tener un peso parecido y su cabello es del mismo color. Podrían ser hermanos.

23

El príncipe habla de las fechas y se me hace un nudo en la garganta. Apenas tendré tiempo.

—Nada me causaría más placer que realizar las máscaras que usted necesita, alteza. ¿Tiene pensados los modelos o los temas que desea?

—La primera máscara la llevaré en los dos primeros bailes, y podría tener un carácter más ligero y jovial. La segunda ha de ser más solemne, ya que en el tercer baile tomaré posesión de la corona de la familia. Me gustaría darle a usted la mayor libertad al respecto, *signore* Baldacci. Llevo años admirando sus creaciones, estoy completamente seguro de que el resultado de su expresión estará muy por encima de las expectativas.

Tengo que llevarme la mano al pecho de la emoción. ¡Dos máscaras principescas con completa libertad! Es mucho más de lo que me habría atrevido a soñar.

—Sí me gustaría —continúa el príncipe Ermellino— que una de las máscaras mostrara unos rasgos parecidos a los míos, tal y como este taller ha demostrado hacer con tanto talento. ¿Cree usted que sería posible con tan poca antelación?

—¡Por supuesto que sí, su alteza! —se apresura a asegurarle mi padre. ¡Qué fácil es prometer proezas cuando no es uno mismo el que tiene que encargarse de ellas!

24 El corazón me da un vuelco y me apresuro a empezar a abocetar el rostro del príncipe, a aprenderme cada uno de sus ángulos y perfiles. No tendré muchas oportunidades de verle en persona, estoy demasiado lejos y la rejilla interfiere de la manera más molesta, pero tengo que trabajar con lo que hay. Me acerco a la celosía para mejorar mi campo de visión sobre su alteza y sigo abocetando.

Una oleada de ansiedad me invade al darme cuenta de que si los Di Stroparli convocan un baile como este, nos lloverán los encargos. Me esperan unos días infernales.

Estoy tan concentrada en la tarea que, mientras mi padre finge que dibuja para darme tiempo a hacerlo yo, con las prisas, me olvido de que, al aproximarme tanto a la rejilla que me protege, mis ojos pueden hacerse visibles, destacando por su claridad por contraste con la máscara negra.

¡Y antes de que pueda darme cuenta, al otro lado de la celosía, me encuentro con el rostro sonriente de Carlino!